



La Lectura Popular

AÑO XVI

Orihuela 15 de Abril de 1898.

Núm. 352

Se cumplen las profecias

Hace muchos años que nosotros, y como nosotros toda la prensa católica de España, venia prediciendo lo que iba a suceder. No dirán los liberales que les ha cogido desprevenidos.

Un hombre de fé ha sintetizado la situacion de nuestra patria en estas tres palabras.

Sin Dios, sin pan y sin honra.

Es decir, que el liberalismo empezó por arrancarnos á Dios abriendo las puertas á todas las sectas que le combaten; tras de esto nos arrancó el pan dejándonos en la ruina y hoy nos entrega en manos de nuestros enemigos.

Justo castigo de Dios.

Porque, hablemos claro; España es liberal.

¿Que nó?

¿Dónde están los hombres que no lo son? ¿Dónde están los hombres que no doblan la rodilla ante Baal? Tan pocos hay que casi no hacen sombra.

Sacerdotes, políticos, militares, hombres de negocios; ¿cuántos vemos que protesten enérgicamente contra el liberalismo?

¿Que pocos!

Pues... justo castigo de Dios. Cada pueblo tiene el castigo que merece.

España arruinada, desangrada y á punto de espirar, ve ya cernirse sobre su cabeza las codicias de todas las naciones como buitres que acechan sus despojos.

¿Que le resta?

Levantar los ojos al cielo; adorar lo que aborreció y aborrecer lo que adoró; pedir perdón á Dios, y vuelta en sí, emprender de nuevo la lucha bajo la bandera de la fé.

Solo así puede salvarse.

Si no lo hace, pronto pondrán sobre su sepultura una losa con este epitafio.

Aquí yace un pueblo que fue católico y se hizo liberal.

Murió al peso de su propio pecado.

ADOLFO CLAVARANA

ESPAÑA

A la Virgen del Pilar

Virgen Santísima del Pilar, acordaos que España es vuestra, porque en persona tomásteis posesion de ella; acordaos que el suelo español está santificado con vuestras plantas; acordaos que quisisteis Vos misma traernos la Fe, por la cual se formó la patria española, fuimos poderosos en el mar, y dueños del mundo. Ved, Madre y Señora, que España, infiel á su vocacion, se ha entregado en brazos de los enemigos de Cristo dando rienda suelta á la libertad de pensamiento, de cultos, de enseñanza, de imprenta; á todas las libertades que constituyen el *Liberalismo*, herejía que hoy disputa la soberanía social á Jesucristo; ved, Madre nuestra amantísima, cómo al volver las espaldas á la Fe, la que era señora de los mares es escarnecida en ellos; y la que ponía la ley al mundo es hoy sierva humilde del extranjero, y ni en su propia casa manda; ved, que enloquecida por sus engañadores, cual otro Baltasar, baila, canta y banquetea como si no supiese que tiene los enemigos á las puertas, y á Dios airado que se sirve de ellos para humillarla; ved que la Justicia ha huido de nuestro suelo. Ya sabemos, Reina y Señora nuestra, que se está cumpliendo en nosotros la amenaza de la Sagrada Escritura de dar malos gobernantes al pueblo infiel como último castigo de sus prevaricaciones; más ¡oh, Madre de Misericordia!; ¿no hay bastante con la sangre de 200,000 españoles, muchos de ellos inocentes?; ¿no hay hartas lágrimas con las vertidas por tantas madres?; ¿no hay hartos con haberse secado los veneros de nuestra riqueza y bienestar? Volved á no

sotros esos ojos misericordiosos; postraos á los pies de Vuestro Hijo Santísimo, y clamad con nosotros: ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia! Dadnos gobernantes que cumplan el primer mandamiento, y seremos salvos. Así sea.

Amancio Meseguer y Lopez.

PENSAMIENTOS

La expiacion es el camino de la salvacion.

En el fondo de todo dolor sufrido dignamente hay una esperanza.

Cuanto mas ama Dios á un hombre ó á un pueblo y quiere elevarlo á mayor altura, tanto más lo acrisola en el fuego del sufrimiento.

Asi como sin la tempestad y el rayo no se purifica la atmósfera, así sin el dolor no se regenera la sociedad.

O inocencia, ó penitencia.

O penitencia voluntaria, ó penitencia forzosa.

Si España respondiendo á la voz de su conciencia y de su historia hiciese penitencia, se salvaría.

A. C.

EL ÁNGEL DE SANTA LIDUVINA

Entre el dolor y la gloria existen misteriosas relaciones.

I

Nació Liduvina en Schiedam de Holanda el Domingo de Ramos del año 1380, y murió el martes de Pascua de 1433. Parece que le destinaba á la cruz su mismo nombre que en la lengua de su país significa *sufrir largo tiempo*, y fué, en efecto, su vida un espantoso martirio. A la edad de doce años consagró á Jesus su virginidad, lo cual la hizo digna de entrar por el camino real de la cruz. La ocasion de las extrañas y crueles enfermedades que de todos sus miembros se apoderaron para no dejarla ya más,

fué haberse caído sobre el hielo, en el que patinaba con sus compañeras. Tenia entonces catorce años.

Desde este día hasta el de su muerte, tuvo que sufrir no solamente los accesos diarios de las más intolerables fiebres, sino la horrenda tortura en que le ponian tres enormes úlceras, en las cuales debian alimentarse por consejo de los médicos para prolongar la vida de la enferma, montones de gusanos que renacian sin cesar.

No se resignó desde luego Liduvina á martirio tan atroz. Cuando llegaban á sus oidos los gritos, las risas, los cánticos alegres de las jóvenes de Schiedam, lanzaba hondos gemidos, y exclamaba: «¡Ay de mí no más alegrías para mí sobre la tierra, yo no puedo sanar ya más.» Un santo sacerdote procuraba con sus instrucciones levantar el espíritu y fortalecer la fe de la enferma. Tres años duró el combate generoso entre la naturaleza y la gracia. Al fin Dios Nuestro Señor la consideró en razon para recibir con provecho consolaciones de su ángel tutelar.

«A partir desde entonces—dice el autor contemporáneo de la *Vida de Liduvina*—hubo entre ésta y su ángel las relaciones familiares é íntimas que unen á un hermano con otro hermano, á un amigo con el amigo de su alma.» En apariencias diversas mostrábasele su espiritual custodio, pero lo más ordinario era presentarse bajo el aspecto de un hermoso jóven despidiendo de todo su exterior un aroma de modestia y pureza sobrehumana. No era siempre igualmente esplendorosa la luz que del ángel brotaba, si bien siempre arrebatava la vista y abrasaba el corazón. Brillaba en su frente la señal de la cruz, signo que servia á Liduvina para distinguirlo de los espíritus malignos que pretendian con frecuencia y con fingidas transfiguraciones engañarla. Suspendia ó atrasaba sus visitas cuando notaba que el alma de la enferma se habia entibiado algo ó distraído de sus contemplaciones altas y puras á causa de alguna conversacion con la gente del mundo, ó tambien cuando incurria la Santa en alguna de esas faltas imperceptibles á los ojos humanos y sólo visibles á los angélicos. Entonces Liduvina, advertida por la ausencia de su celestial amigo, escuchaba con esmero su conciencia, descubria la mácula que se le habia pasado inadvertida, se acusaba de ella ante su ángel, solicitaba humildemente el perdon, y el ángel volvía de nuevo á su presencia.

Con cuánta frecuencia se solia escuchar á Liduvina que hablando á su ángel con simplicidad infalible decia: «¡Oh mi buen hermano! ¡mi amigo fiel! decid, os ruego,

á Jesus los deseos de mi corazón, y traedme una respuesta de Él, aunque no sea más que una sola palabra. Saludadle en mi nombre desde lo más íntimo de vuestro sér, y decidle que no amaré jamás á otro que á Él. Saludad tambien á su gloriosa Madre, la Virgen María; saludad á todos mis hermanos que son vuestros hermanos, los espíritus angélicos; saludad á los Patriarcas, á los Apóstoles, á los Mártires; saludad á todas mis hermanas las vírgenes de Jesucristo, y á todos los otros Santos y Santas. Decidles que no dejen de encomendar á Dios á ésta su pobre hermanita, para que pueda alguna vez ser admitida entre ellos.»

II

Concedió el Señor á algunas almas, de las más familiares de Liduvina, que gozasen como ella de la vista del ángel. Una vez visitó á la enferma una santa viuda que con frecuencia le solia asistir, y le dijo: «Liduvina, ¿á que no me obtienes del Señor la gracia de que me reconozco tan indigna, de ver á ese ángel, cuya compañía tanto te consuela en medio de tus dolores?» «Pediré al Señor os la conceda, le contestó la Santa.» Pidió, en efecto, esta gracia, y fué escuchada. Y así estando juntas otro día las dos piadosas mujeres, dijo Liduvina á su compañera: «Cierra la puerta y quédate allí, verás muy pronto lo que tanto ansías.» Pocos instantes despues pudo ver la viuda no lejos del lecho de su amiga, un bellissimo niño vestido de blando; notó que se acercaba á la enferma, que la miraba con ojos más brillantes que estrellas; observó al mismo tiempo cerca del ángel muchas manos de otras personas que parecían dirigirse hácia Liduvina, pero no pudo ver quiénes eran los que extendian aquellas manos: «Tan grande fué entonces mi gozo—decia luego la piadosa viuda—que permanecí junto á la puerta inmóvil, muda y como incapaz de todo lo que no fuese la satisfacción de mi alegría.» Entonces Liduvina dijo á su ángel: «Dígnate, hermano mio, volver esos tus ojos que con tanto cariño me miran á mí, á esta hermana mia que está aquí presente.» Dicho y hecho. «Apénas mis ojos se encontraron con los del ángel—exclamaba la devota mujer—de tal manera me sentí conmovida, que tuve que prorumpir en sollozos y derramar copiosas lágrimas. Ni podia contener mi llanto despues en muchos días, ni encontraba satisfacción en las cosas humanas, ni sabor en los alimentos corporales; tal era la impresion que en mí produjeron aquellos ojos del ángel de Liduvina.»

La misma Liduvina solia con frecuencia repetir: «Para mí no hay sobre la tierra penas, dolores, tristezas ni angustias que una sola mirada de mi ángel no haga desaparecer enseguida de mi corazón. Pues como los rayos abrasadores de un sol estival evaporan en un instante la gota de rocío, así al primer aspecto de los ojos de mi ángel se desvanecen no sólo los dolores de mis miembros, sino tambien las inquietudes todas de mi alma. Sólo el resplandor que le circunda sería suficiente para disipar todos mis males.»

Con mucha frecuencia notaban este maravilloso resplandor las personas que visitaban á Liduvina ó le prodigaban sus cuidados. Más de una vez por la noche se creyó que estaba ardiendo la cámara de la enferma; acudian espantados algunos vecinos, y apénas entraban en ella, se veian inundados de una claridad celestial que les llenaba de consolación el alma. Balduin o sobrino de la Santa, de poco más de diez años, y que fué quien acompañó á Liduvina en el último de su vida, solia despues contar que no pudo habituarse sino despues de mucho tiempo á las apariciones repentinas de estos hermosos resplandores. «Los primeros días—decia—apénas se presentaban, corria todo tembloroso hácia la puerta, y eran necesarias para que no abandonase la habitación las repetidas llamadas y los alientos que la enferma me infundia. ¡Y cosa maravillosa aquellos ojos de Liduvina que no podian soportar no solamente la claridad del sol, pero ni aun la lucecilla débil de una lámpara, jamás sintieron la menor fatiga con estos relumbrantes esplendores.»

Comprenderáse fácilmente que en algunas ocasiones movería á ciertas personas para visitar á Liduvina más que la piedad hácia una mujer doliente, la curiosidad de gozar espectáculos tan conmovedores. Jamás, empero, se vieron satisfechas las miras puramente humanas, y más cuando en ellas se mezclaba algo que molestase á la favorecida doncella.

Estaba prevenido contra la virtud de esta Santa cierto pariente de la misma. Un día acompañado del señor cura de Schiedam, que todavía era nuevo en el pueblo, se acercaron al lecho de la enferma. Un instinto secreto hizo presentir á ésta la próxima aparicion del ángel. Rogó entonces á sus visitantes que la dejaran soia por espacio de dos ó tres horas. Retiráronse los dos; pero el señor cura volviendo atrás se deslizó sin ser sentido en el aposento de la enferma, y allí se mantuvo oculto. Pensando que estaba sola, dejó Liduvina ancho campo á las expan-

siones de su corazón, y dirigió, según costumbre, á su hermano celestial, á quien por momentos esperaba, invitaciones apremiantes y amorosas.

Respondió á sus voces el ángel, manifestóse á Liduvina en todo el esplendor de su rutilante hermosura; pero en lugar de aproximarse á la enferma se mantuvo con rostro severo á respetable distancia de la misma. «Infeliz de mí—decía gimiendo la doncella—que os he desagradado, amable hermano mío: decidme, por favor, qué falta he cometido que yo la confesaré y detestaré para que me sea devuelta vuestra amistad.» «No es tuya la culpa, hermana mía—respondió el ángel—sino que veo aquí, en tu mismo aposento, á alguien que ha venido para examinar la realidad de los favores que Dios se digna concederte.» Dichas estas palabras, desapareció el ángel. Inconsolable Liduvina por la marcha de su celestial amigo, lanzó dolorosos gritos que arrancaron de su escondite al sacerdote y le obligaron á declarar su presencia. «¡Ah, Padre mío—le dijo la Santa—no sabeis lo que habeis hecho! ¡cuán caras me cuestan vuestras dudas!»

III

Penas más sensibles todavía habían de causar á Liduvina las excesivas aprensiones del cura de Schiedam. Hambrienta la Santa, como todas las almas enamoradas de Cristo, del Pan Eucarístico, vióse privada de él por su párroco durante meses enteros. En uno de los días próximos á la Natividad de Nuestra Señora en que le visitó el señor cura, la halló arrasada en lágrimas. «¿Por qué lloras? le preguntó.» «Padre mío—respondió ella—si tuviere yo vuestra indigna hija, como tenéis vos, la llave del Tabernáculo, y tuvieseis vos, como tengo yo, hambre del divino manjar, á fe que no os lo negaría.» Conmovido, á lo que parece, el sacerdote, prometió á su enfermita traerle la comunión. Llena esta de regocijo, preparaba para recibir al Señor su corazón, cuando se le apareció el ángel y le dijo: «Animo, hermana, que una nueva tribulación te espera. Vendrá, en efecto, el señor cura el día de la Natividad de Nuestra Señora, pero en lugar de traerte el cuerpo del Señor, te traerá una hostia sin consagrar.»

Así, en efecto, vino, como él mismo depuso más tarde ante los jueces eclesiásticos. No podía retener Liduvina ningún alimento ni bebida; una miga de pan, una gota de agua provocaban en ella inevitables náuseas: nada de esto sentía al recibir el Santísimo Sacramento. Así que, apenas notó, en silencio, el contacto de la

hostia que le trajo el sacerdote, reconociendo por los signos ordinarios que era pan material, la retiró de su boca. Y como le reprendiese agriamente el sacerdote; «Padre mío—le dijo—¿por qué así me engañais? Aun cuando no me hubiera revelado el ángel lo que pensabais hacer conmigo, éstos mis labios me lo dan á conocer. No me habeis traído á Jesús mi Salvador, si no un pedazo de pan.» Retiróse confuso el párroco, pero no cejó en su empeño de rehusar la comunión á Liduvina.

Pasaron tres meses. El día de la inmaculada Concepción de María Santísima, devorada Liduvina del ansia de comulgar, quejábase á su ángel de la dureza del Señor cura. «Se acerca ya—le dijo el ángel—el día de la consolación, hermana mía. No pasará el día del glorioso apóstol Santo Tomás sin que hayas visto con tus ojos corporales al mismo Jesús, y sin que hayas comulgado.» La palabra del ángel se cumplió.

Dos días antes de la fiesta de Santo Tomás, cuando comenzaban á caer las sombras de la noche, iluminóse de repente la cámara de la vírgen de una luz tan rutilante que, persuadidos los vecinos de que se abrasaba en vivas llamas la casa, corrieron presurosos á prestar sus auxilios. En el fondo de esta claridad, y á los pies de su lecho, observó Liduvina que había una cruz y que yacía enclavado en ella un gracioso niño. Elevóse la cruz poco á poco, y Liduvina comenzó á exclamar: «Jesús mío, no te separes de mí; suplicote que permanezcas conmigo y consuélame á tu sierva.» A medida que la paciente pronunciaba estas palabras se iban disminuyendo lentamente la cruz y el niño, y cambiados de figura se le manifestaron prontamente bajo la apariencia de una hostia señalada con cinco sangrientas llagas. Cuantos habían venido con motivo del supuesto incendio, y entre ellos el padre de Liduvina, vieron esta hostia resplandeciente suspendida por milagro sobre el lecho de la enferma. A ruegos de Liduvina advirtieron lo que pasaba al cura del lugar, que se llegó á casa de la enferma y fué testigo del prodigio. «Padre—le dijo la Santa—suplícoos me deis esta hostia.» Resistióse en un principio el sacerdote, más vencido al fin por las súplicas y lágrimas de la humilde doncella, depositó aquella hostia en la lengua de la misma. La consumió sin dificultad Liduvina, y permaneció largo tiempo extasiada.

IV

Muchas otras muestras de fiel amistad daba todos los días á Liduvina su ángel:

él era quien la conducía en espíritu, unas veces á una región superior donde era permitido á la sufrida doncella gozar de las delicias del cielo; otras veces á los abismos en que la justicia divina consuma la obra de la purificación de las almas; él era quien le acompañaba á recorrer desde su lecho de dolor los lugares consagrados por la vida mortal de Jesucristo.

Antes de emprender estas místicas peregrinaciones llevaba el ángel á su devota ante la milagrosa imagen de Nuestra Señora que se venera en la iglesia de Schiedam. Ante aquella venerable estatua había recibido Liduvina, niña aún, las primicias de los futuros favores del cielo. Quería recordarle el ángel al llevarla á este santuario, que el canal de las celestes bendiciones había sido hasta entonces para ella como para todos los amigos de Dios, y seguiría siéndolo en adelante, el Corazón de la bienaventurada Virgen María.

No hubo lugar alguno santo en Palestina, desde la gruta de Belén hasta el Calvario, que el ángel no presentase ante los ojos de la enferma tal como había sido, ya el día del Nacimiento, ya el día de la muerte de Jesús. Allí estaba también el mismo Jesús, que se manifestaba con toda viveza á las miradas de la doncella en toda la variedad de dolores que por amor de la misma había querido tolerar. De esta manera, con el fuego del amor de Jesús, encendía el ángel en el corazón de Liduvina el deseo insaciable de sufrir más y más por el Señor.

Después, como si abriese á Liduvina las puertas del Paraíso, animábala el ángel con la vista de las eternas recompensas á reputar por nada los males pasajeros que habían de ser seguidos de la próxima posesión de bienes tan incomparables.

En fin, que Liduvina volvía de sus excursiones al purgatorio ó al infierno de tal modo inflamada en celo por la salvación de las almas, de tal modo aflijida por la perdición de las mismas ó por las expiaciones á que los pecados les habían de someter, que con mucha frecuencia se veían deslizar de sus ojos, exhaustos ya de lágrimas, gotas de sangre, y que por salvar ó aliviar el alma de cualquiera de sus hermanos difuntos hubiera aceptado voluntariamente, y de hecho aceptaba toda clase de torturas de alma y de cuerpo.

Pasados más de treinta años, en los que Liduvina sufrió amorosamente martirios tales por Jesús y sus hermanos, se acercaba ya la hora de la recompensa.

Se había con frecuencia contemplado

la Santa á la sombra de un rosal cargado todo de rosas abiertas ó de capullos cerrados unos y otros á medio abrir, y su ángel le habia dicho: «No morirás, hermana mia, mientras haya en el rosal pimpollos que deban abrirse.» Por esto sus amigas más íntimas, instruidas por ella de esta vision, solian con frecuencia preguntarle: «¿Hay botones sin abrirse?» á lo que la santa respondia: «Así es.» Un dia, empero, preguntada por la piadosa viuda de que ántes hemos hecho mencion, le dijo; «No quedan más que rosas abiertas, mi fin se aproxima.» Dijo esto tres meses ántes de que partiese felizmente de este mundo.

Poco despues oyó voces angélicas que cantaban *Alleluia*, y dijo á su confesor: «Se acercan las Pascuas, Padre; yo cantaré la *Alleluia* en el cielo.»

El mismo dia de la Pascua visitóla el Señor acompañado de una numerosa muchedumbre de moradores celestiales, y á fuer de soberano sacerdote se dignó marcar los ojos, la boca y todos los sentidos de la enferma con misteriosas unciones. Al apartarse Jesus presentóse el ángel, y dijo á Liduvina: «Hermana mia, has consagrado tu carne á la virginidad abrasada en amor á Jesus, y por este amor has sufrido con paciencia que esa tu carne inocente haya sido en vida pasto de los gusanos: por eso Jesus ha querido unguir con sus manos tus miembros y santificarlos con su divino contacto.»

Muchas veces habia pedido á Jesucristo su virginal esposa la gracia de no tener en su muerte otro testigo que el mismo Señor, y el divino Jesus escuchó la súplica de su sierva instruida por él del dia de su partida, dijo á todos los que rodeaban su lecho el mártir de Pascua: «Dejadme hoy sola.» Retiráronse todos, excepto el muchacho Balduino. Hacia las cuatro de la tarde, dijo á éste su tia: «Mi querido sobrino, ¿ah si supiera mi Padre (hablaba del confesor) si supiera mi Padre lo que sufro!» «¿Quereis, tia, que vaya á buscarle?» No le respondió la enferma; mas viendo Balduino que su tia respiraba con harto trabajo, corrió á casa del señor cura. Cuando el cura, el niño y otros amigos de Liduvina llegaron á la cámara de ésta, sólo encontraron sus mortales despojos; el alma de Liduvina estaba ya en el cielo.

Quedó enteramente transfigurado el cuerpo de la Santa; ninguna huella aparecia de las llagas de que tantos años habia estado cubierta; dijérase que la gloria de la resurreccion habia reemplazado en los miembros de la sierva de Dios á las humillaciones de la muerte. Numero-

sos testigos deponian que las gracias de la hermosa juventud no podian compararse á la belleza del cuerpo inanimado de Liduvina, y que el perfume que de él se desprendia era más suave que la reunion de todos los otros perfumes de este mundo.

En el mismo momento en que espiró Liduvina, una vírgen que moraba léjos de Schiedam y que habia tiernamente amado á la difunta, vió que el alma de la Santa fué recibida con indecible amor en los brazos de Jesus, que Jesus la colocó en los de su Santísima Madre, y que María hizo entrega de ella al ángel que le acompañó toda su vida. Este celestial custodio de Liduvina y una muchedumbre de espíritus bienaventurados la adornaron con los vestidos de boda y la entregaron así á María Santísima, quien la presento de nuevo á Jesus, Esposo de las vírgenes, y despues todos la llevaron al trono de Dios.

L. José María Cros, S. J.

Mensajero del S. C. de Jesús

A MIS NIETOS

(Fragmento)

Deslizábanse mis días
Apacibles y serenos,
Entregado á mi familia
En dulcísimo embeleso
Con mi muy querida esposa,
Mis caros hijos y nietos.
Viviendo con Dios en paz
Nada faltaba por cierto,
Amena y sana lectura
En las veladas de invierno,
En risueña primavera
Algun matinal paseo,
Luego los baños del mar,
Tan esperados de lejos.
Tan gratos y tan sabrosos
Para mis retoños tiernos.
Así en inocentes goces
Pasábamos el destierro,
Fija siempre la mirada
Al faro que guía al puerto.

A los días bonancibles
Otros malos sucedieron;
¿Qué digo, empero, otros malos?
Esto es invertir los términos
Los que aquí parecen malos
Son de fiyo los más buenos.
Pues son las penas moneda
Con la que se compra el cielo,
Esta es la santa doctrina
Estos mis principios, estos.
Días y meses pasando
En las angustias del lecho,
Tristes me fueron las noches,
Los días nada alagüeños,
Y quizás insoportable
Se me hiciera el castigo.

Sin la risueña esperanza
Que vivisima en mi siento
De que á las molestias tales
Ha de caberles gran premio.

Así por caminos varios,
Ya entre flores, ya entre brezos,
Sin dejarme de su mano,
Celoso siempre y atento,
Me ha conducido el Señor
Por esos derrumbaderos,
Y al acabarse mi vida,
Padre compasivo y tierno,
Olvidando mis maldades
Me abre las puertas del cielo

Dándoos, pues, un tierno á Dios
Por plazo no muy extenso
A escogeros me anticipo
El felisimo puesto,
¡Que ni uno falte á la cita!
Os lo encarga vuestro abuelo.

JOSÉ VILADEVALL Y PINA.

CONSEJO ESPIRITUAL

Permaneced habitualmente en la presencia de Dios, como el *tierno niño* ó como el *pobre desvalido* que pide, que ama, que espera y que sabe que *que nada se le debe*, pero que sabe tambien que hora por hora, á medida que la necesidad le urja, Dios le enviará directamente ó le hará hallar en todo lo que le rodea lo que le sea necesario, y aun mucho más.

(Hojas de un libro.)

BIBLIOGRAFIA

CATECISMO SOBRE LOS ENEMIGOS DEL ALMA, Mundo, Demonio y Carne; compuesta por el Bto. Diego José de Cádiz capuchino, opúsculo inédito anotado por el R. P. Diego de Valencia Guardian del convento de capuchinos de Sevilla con un Prólogo del Excmo. Sr. D. Marcelo Spinola y Maestre, Arzobispo de Sevilla.—Acaba de publicarse este piadoso é instructivo opúsculo cuyo original se halló entre el polvo de un archivo siendo un verdadero tesoro como todo lo que procede del santo apostol de Andalucía.—Precio 25 céntimos de pesera.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, quea accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, buertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion. 4 pesetas mensuales.
Media id. 2
Un cuarto id. 1
Un octavo id. 0'50

Por medio de correspondal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la peninsula.

Dirigir la correspondencia á D. Pasqual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Catolica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.